

Ocaso y sino de las “bibliotecas nacionales” en la periferia

El hecho más trascendental en la noción de biblioteca en la actualidad proviene del impacto que la evolución de la tecnología ha tenido sobre la misma. Más aun, la noción de biblioteca ha sufrido un cambio más trascendental en los últimos cincuenta años de lo que lo había hecho en los últimos cuatro o cinco siglos. Cambios en la concepción de arquitectura, de administración y de logística ya habían sucedido con anterioridad en el dominio de las bibliotecas, por ejemplo, basta observar la historia de la “British Library” desde el siglo XVII hasta el presente (véase www.bl.uk) o, igualmente, la evolución en la “Bibliothèque Nationale de France” (véase www.bnf.fr). Aquello que resulta significativo en la actualidad es el hecho que la escritura y la noción de libro —los dos componentes principales de la idea de biblioteca— han también sufrido una transformación irreversible. Esta paradoja de indicar como “nacional” algo que por esencia no tiene fronteras constituye un aspecto que justamente produjo grandes debates en los ámbitos periféricos en donde las bibliotecas adquirieron además la función obligatoria de constituirse, de cierta manera y por entonces, en una confirmación de la legitimidad política otorgada por la voluntad de independencia de los centros coloniales. Las bibliotecas de los ámbitos periféricos comenzaron de esta manera a tener una función cultural extra: la legitimación de los cambios institucionales y políticos, la constitución de una historia local, la difusión de sus próceres. Por analogía la dirección de estas bibliotecas se convirtió también en una función burocrática altamente simbólica en términos culturales.

Las bibliotecas nacionales tenían así una función educativa en tanto se hallaban a la cúspide de un triángulo formado por la escuela primaria y la universidad (también llamada en muchos casos “nacional”). De manera que la biblioteca era un contenedor de materiales físicos así como de valores y símbolos —de hecho, en los espacios periféricos los primeros museos eran emprendimientos nacionales derivados de las bibliotecas.

Incluso en algunos casos la biblioteca y el museo compartían el mismo edificio. Las narraciones autónomas e independentistas de los Estados nacionales en los ámbitos periféricos son impensables sin la existencia del lugar llamado “Biblioteca Nacional” —y tal situación es precisamente aquello que en la actualidad genera un conflicto irresoluble en términos de imaginario. Es la misma territorialización de los Estados nacionales decimonónicos la que se ha constituido en torno a la arquitectura física e imaginaria de la biblioteca. Y a partir de esta definición espacial se constituyeron las escuelas primarias por más de un siglo y en cuyos edificios la habitación central —que con el tiempo también fue a la vez sala de reuniones y de maestros— era una biblioteca.

Bajo las condiciones tradicionales de concepción del conocimiento y de lo literario en sentido lato, las bibliotecas se hallaban animadas por una cultura iluminista, es decir, por una cultura que situaba a la biblioteca al centro de la sociedad y del saber como tal. Las bibliotecas eran no sólo depósitos de reliquias y antigüedades, sino custodios de un saber y de un conocimiento —y por ello es en definitiva que la idea de “Bibliotecas Nacionales” surgió y cada país o nación tenía una biblioteca principal que era algo así como el archivo más importante de dicho territorio, una especie de repositorio de valores ineludibles. La cuestión de la discontinuidad de las bibliotecas nacionales en la actualidad es entonces un aspecto que escapa a las bibliotecas mismas y alcanza la noción de escritura y libro y, a partir de allí, a la idea de territorio nacional y los valores que justificaban dichos territorios libresco. ¿Cuál es entonces la función y utilidad de las llamadas bibliotecas nacionales en los ámbitos periféricos? Semejante cuestión, que se remonta al siglo XIX e incluso a las fundaciones de dichas bibliotecas y a sus razones, en la actualidad llega a un final de ciclo, menos por un cambio de valores o de ideologías y más por una transformación irreversible aportada por la tecnología —lo cual afecta, como dijimos, a los componentes esenciales de una biblioteca, pero también a nociones como urbanismo, transporte, memoria, etc..

La modificación que las bibliotecas nacionales han sufrido a partir de la tecnología puede incluso observarse en el hecho que la presentación de una biblioteca no es ya en primera instancia, como solía serlo, su edificio, sino su portal en Internet. Situación que incluso ha permitido a algunas instituciones de ajustar su nombre a las dimensiones digitales del presente —tal como por ejemplo ha hecho la British Library cuyo subtítulo de presentación es en la actualidad “Explore the world’s of knowledge”. Declaración ésta que, no obstante los cambios indicados, no ha cedido un ápice a las

aspiraciones colonialistas que existían ya en el acta gubernamental que le dio lugar oficial en 1972 (“British Library Act 1972”). Pero sobre todo, no es ajena a esta motivación colonialista el hecho que es el British Museum, en Bloomsbury, quien se encuentra al origen del imaginario bibliotecario de Inglaterra y aquello que le da una impronta tan particular (véase www.britishmuseum.org). La magnífica sala oval de lectura (“Reading Room”), realizada por Sydney Smirke (1798-1877) en 1857 a partir de una idea original de Antonio Panizzi (1797-1879), y que durante años fue el corazón de la British Library, ilustra de maravillas esta situación en donde los valores del museo imperial se trasladan a los territorios determinados por los libros y, en la actualidad, por la información y las diferentes formulaciones del conocimiento. Una simple comparación entre el edificio del British Museum y la nueva localización de la British Library en Euston Road —proyecto arquitectónico realizado sobre la base de los edificios existentes por Colin St John Wilson (1922-2007) — constituye una ilustración de cómo el espacio, y en particular el espacio libresco, fue entendido en ambos casos, pasando de una idea de objeto y de reliquia a una noción de entidad abstracta o digital y documento. Y es bajo estas condiciones que los gestos coloniales adquieren nuevas formas y surgen nociones como las de “memoria digital de la nación” que ha sido empleada recientemente por Lucie Burgess, directora de la sección llamada “contenidos estratégicos”, para justificar la “nacionalización” de los todas las direcciones web de la biblioteca, las cuales tienen ahora la terminación “uk” (véase www.bl.uk/aboutus/stratprog/contstrat).

La “biblioteca nacional” se ha transformado en un archivo y en un itinerario para turistas interesados en arquitectura. La British Library se ha transformado en un archivo así como en un centro cultural para investigadores universitarios y en un gestor de contenidos digitales —evento que también es constatable en la “Bibliothèque Nationale de France” en París (www.bnf.fr/fr/acc/x.accueil.html). En cualquier caso no quedan vestigios de nacionalidad alguna o de marcas culturales de color local, sino técnicas de logística y *management* que son apropiadas como localmente controlables. Aquello que sin embargo es innegable en la actualidad, no obstante las citadas modificaciones tecnológicas, es que la relación entre biblioteca y saber se ha visto reforzada a partir de la introducción de la noción de información. De manera que la legitimidad de lo libresco no pasa ya, como era tradición, por una serie de lecturas o de espacios consagrados, sino por una selección/descarte y por una cuestión de

calidad/categoría de fuentes. El colonialismo entonces, bajo estas condiciones, no reside ya en la posesión o apropiación de un objeto y la manipulación de sus significados y, por ende, de su legitimidad, sino en la concepción de una noción de información y conocimiento. El evento libresco más destacado generado a partir de la vehiculización tecnológica de las bibliotecas es sin duda el hecho que la cantidad de volumen informativo producido de manera electrónica o digital supera a aquellas producidos en el formato tradicional de libro. De manera tal que los libros en su forma tradicional constituyen ya un fenómeno histórico y comienzan a ser considerados en términos de logística como elementos más de museo de que biblioteca.

La tecnología ha desintegrado territorialmente las bibliotecas en su formato tradicional y su existencia en Internet ha modificado su concepción no sólo imaginaria, sino también física. La existencia de una suma de libros que en definitiva era la base de toda biblioteca tradicional ha cedido lugar a la idea de información, de documento o de reliquia. El hecho que las bibliotecas nacionales actuales tengan libros importa menos que la manera en que se gestiona su volumen informático, el acceso al mismo y las condiciones de las reliquias o los documentos que posee.

Uno de los ejemplos más ilustrativos de la formulación tradicional de las bibliotecas nacionales en la periferia —así como de sus derivas y consecuencias, y de la forma en que se extinguen y transforman en el presente— es sin duda el debate en torno a la Biblioteca Nacional de Argentina, a sus objetivos y funciones, que tuvo lugar en el año 2006 y 2007, entre los académicos Horacio González (n. 1944) (director) y Horacio Tarcus (n. 1955) (subdirector). En realidad, si la condición de debate las estableciéramos a partir de los dichos de los contrincantes no habría en realidad debate, sino un *a no lugar* en términos jurídicos, es decir, la presentación de un caso cuyos fundamentos no tienen o no encuentran localización en la norma jurídica. Aquello que Tarcus dice, González lo desconoce y viceversa.

La misiva de Tarcus (véase <http://lotuyaesta.blogspot.fr/2006/12/desde-pinamar-veo-que-lleg-los-diarios.html?zx=39ece26354cfdbc9>) contiene estadísticas de interés que sitúan a la Biblioteca Nacional en el contexto de otras instituciones similares en los ámbitos periféricos, como es el caso sobre todo de Brasil. La respuesta de González (véase *Página 12*, 31.12.2006) constituyen sobre todo afirmaciones *ad hominem* acerca del trabajo y del pensamiento académico de Tarcus que nada aportan al debate y demuestran una pobre cuando no poco competente perspectiva respecto de

aquello en lo cual la biblioteca se halla en déficit. Por el contrario, *Historia de la Biblioteca nacional. Estado de una polémica* escrito por Horacio González y editado en 2010 constituye, más allá de la operación histo-biográfica que comporta, un trabajo de interés respecto del argumento. Esquivando, como diría el propio González, el salgarismo cierto de sus páginas, aparecen allí todos los elementos, en su esplendor, de la perspectiva tradicional de las bibliotecas nacionales.

El aspecto insólito del planteo de base de González reside en suponer que hay dominios o prácticas que son ajenas a la tecnología, que tendrían una dinámica puramente humanista. En concreto González contrapone lo que llama cultura a algo llamado tecnología (véase González, 2010: 211). Tamaña hipótesis no puede ser sino una fuente de malentendidos constantes, ya que la noción de cultura se basa en la técnica y en la tecnología como demuestran, entre tantos otros, los trabajos de André Leroi-Gourhan (1911-1986). De hecho, la efectividad del colonialismo sobre el que se han asentado las culturas llamadas periféricas ha sido altamente eficaz justamente por ello, por esta generalización tecnológica. *Historia de la Biblioteca Nacional* confunde digitalización de libros con definición de tecnología (véase González, 2010: 211-212) —ello explica sin duda el énfasis que el trabajo pone en nociones secundarias como la idea de “soporte” (véase por ejemplo González, 2010: 220). Por el contrario, si atendiésemos a la visión de ambos contrincantes en 2006-2007 la relevancia del debate es mayúscula: “Estuvieron en disputa distintas visiones del estado, los archivos, los utensilios tecnológicos de la llamada ‘sociedad del conocimiento’, los modelos de investigación y escritura, y en lo extremo del debate, un modo de pensamiento sobre el mundo histórico, las ideas transformadoras y los entes vivientes del horizonte moral e intelectual.” (González, 2010: 222). En realidad la disputa en sí era mucho más banal e inmediata, referida a prácticas y modos de trabajo cotidiano a los que González no hace nunca referencia, sino de forma elusiva y a los cuales Tarcus enumeraba con fervor.

Cuando González asocia la polémica en torno a la función que la biblioteca nacional debe tener con que “se estaba discutiendo sobre los énfasis y estilos que debía asumir la investigación histórico social en la Argentina” (González, 2010: 215), está sin duda viajando hacia lo esencial de la visión tradicional de las bibliotecas nacionales que se posicionaban en cuanto centro intelectual del espacio local. Y no sólo en relación con la noción de archivo, como supone el propio González. Autores europeos como Jacques Derrida (1930-2005), entre otros, han ya demostrado los alcances especulativos de la

noción de archivo, la cual se vincula más a una cuestión de antropología y de escritura que a una de biblioteca. Esta perspectiva de González va incluso más allá cuando asocia una definición de Estado a las bibliotecas nacionales, como si la definición entrambos fuera obligatoria, tal como se asumía en la versión tradicional de las bibliotecas nacionales de la periferia hace más de un siglo.

Acierta González al observar la presencia colonial en las prácticas que se imponen en las bibliotecas contemporáneas —y que no sólo se refieren, como postula el autor, a una “causa de archivismo globalizador” (González, 2010: 216), sino a la noción misma de biblioteca, de cultura, de conocimiento. Todo tecnología es colonial y todo archivo se basa en un colonialismo territorial, sea imaginario o físico. Por eso es que los libros pertenecientes a los jesuitas fueron expropiados en 1810 en el Colegio Montserrat de Córdoba y entonces llevados a Buenos Aires.

Por otra parte, ocuparse de la caída de lectores, “algo que ocurre en todas las bibliotecas que yo conozco” (González en *La nación*, 13.12.2006) como problema —situación que también demora a Tarcus— es sorprendente en el sentido que, bajo la dimensión tecnológica antes mencionada, los lectores de bibliotecas ya no existen sino, en el mejor de los casos, bajo la forma de investigadores, académicos o turistas ilustrados. Situación ésta que además era ya evidente en el año 2006 de la susodicha polémica.

La Biblioteca nacional de Argentina, por seguir con el ejemplo paradigmático, parece tener una maldición que podríamos llamar borgeana: Paul Groussac (1848-1929) dirigió la biblioteca en el siglo XIX con una mentalidad del siglo XVIII, J. L. Borges (1899-1986) se ocupó de la biblioteca en el siglo XX con una perspectiva del XIX y H. González preside la biblioteca en el siglo XXI con una mentalidad del siglo XX. Una de las características de las bibliotecas tradicionales es precisamente esta: construir paradigmas intelectuales y culturales a partir de expresiones anacrónicas del espacio y los territorios. Hacer de una sala de recepción de libros un comedor comunitario (véase Tarcus, carta del 27.12.2006) no es sino una versión degradada y folklórica de esta condición y cuya versión más elegante fue la inauguración de la biblioteca en la Calle México 564 por parte de Groussac en un edificio que, en principio, estaba destinado a la Lotería Nacional.

La *Historia de la Biblioteca Nacional* propone de manera implícita y en numerosas ocasiones que el colonialismo se ilustraría a partir de anomalías locales,

hipótesis que no deja de ser interesante, excepto por el hecho que la misma se convierte en excluyente, es decir, lo local se definiría *que* por sus anomalías, en una especie de folklorismo telúrico y determinista. El caso tal vez más notorio es la descripción de los sindicatos en relación con la biblioteca como entidades que no sólo se hallan en conflicto permanente, sino que las mismas constituirían el Estado local como tal, dejando como conclusión que la biblioteca sólo podría funcionar cuanto más alejada se halle del Estado por suerte del azar o la voluntad gremial. Paradójica conclusión para un funcionario público. El “sindicalismo de Estado” constituye un diagnóstico excelente de González acerca de la situación gremialista de un Estado anacrónico y de una sociedad decadente, pero es también la narración de un conflicto entre grupos con intereses en pugna que nunca logran negociar un acuerdo mínimo de operatividad: que la biblioteca esté obligada a funcionar en estas condiciones laborales es la conclusión inmediata que extrae el lector. Y sorprende que, con semejante hipótesis, sólo una sea la polémica relevada que ha tenido el director de la misma.

Bajo esta situación y perspectiva, en el contexto de las bibliotecas nacionales aquí delineado, y no obstante la perspectiva de defensa localista esgrimida por el propio autor del trabajo citado, los propósitos bibliotecológicos no pueden funcionar en el contexto global que como profundamente colonialistas por cuanto no hacen, sino acentuar la dependencia tecnológica e intelectual de lo local respecto de lo que sucede en otros lugares. Pero, más relevante aun, es el hecho que *lo que sucede en otros lugares* se halla al centro mismo de su argumentación, sea por vía de la referencia bibliográfica, por sinonimia o analogía cultural, o por condición conceptual. El ejemplo tal vez más interesante es la discusión referida a las bibliotecas y archivos. Probablemente algunos lectores se sentirán escandalizados por la comparación de una biblioteca con una fiambrería o un supermercado (González, 2010: 227), por la alienación, simplificación y cosificación que comporta. Sin embargo, el aspecto más relevante es el hecho que se considera a la noción de archivo (i) como restringida a un problema o cuestión burocrática o Estatal y limitada a las bibliotecas, o (ii) se la considera en términos animísticos, como dotada de una especie de espiritualidad (véase González, 2010: 228). Es esta dicotomía aquello que reduce la conceptualización de la cuestión a una categoría de evento de índole provincial. En este sentido, nada puede ser más decimonónico y europeo en términos filosóficos que la creencia que sostiene la distinción entre “documentos” de una parte y “hechos” por la otra (véase González, 2010: 239).

Asimismo es de destacar que la referencia a autores europeos constituye la legitimidad última de lo dicho, mecanismo de argumentación típico en los trabajos de González: ¿qué puede justificar mejor lo local que una referencia a los escritos de un consagrado antropólogo del Collège de France? La pregunta —que está sin duda presente en cada lector partisano— es precisamente lo que exculpa al autor de concebir el archivo local como otra cosa que una cuestión “de existencia física” (González, 2010: 228) y administrativa. La forma decimonónica con que González piensa la materia y las condiciones simbólicas de la materialidad tampoco ayuda a que la referencia a Claude Levi Strauss (1908-2009) sea eficaz desde un punto de vista conceptual —de manera que la dependencia colonial, una especie de provincialismo folklórico, en la manera de argumentar, se hace más evidente aun. La biblioteca nacional es así la traducción de Levi Strauss —Levi Strauss es Ramos Mejía, es Borges, etc.— y también *sería* la discusión en torno a la filosofía francesa del siglo XX —Sartre vs Levi Strauss, Levi Strauss y el “estructuralismo”, etc. (González, 2010: 230-240)— en la rememoración de la disputa historiográfica entre Bartolomé Mitre (1821-1906) y Vicente Fidel López (1815-1903).

Por lo mismo la cuestión revertida es también criticable: si los archivos no se agotan conceptualmente en las bibliotecas tampoco las bibliotecas se agotan en los archivos, tal como, por el contrario, parece al final sugerir el autor cuando asegura que “la historia de los conceptos archivísticos y su discusión conceptual es un paso avanzado a la comprensión de las lógicas bibliotecarias” (González, 2010: 240)

En un pasaje que creo resume la cuestión epistémica que tratamos de relevar, el autor sostiene: “Surge de inmediato el problema de los aparatos de registro, que conscientes de su misión, intervienen precisamente como mediadores de la letra o la voz” (González, 2010: 229). Es aquí donde no se ha comprendido el alcance de la transformación tecnológica: no hay mediación ninguna, la letra y la voz son los aparatos. Sorprende que González, sutil lector de la cultura europea, haya leído sólo superficialmente esta problemática —que también es *colonial*— en los ya lejanos escritos de Jacques Derrida (González, 2010: 229). Y, sin embargo, si *Historia de la Biblioteca Nacional* fuese sólo una historia de la biblioteca local constituiría, además de lo interesante que ya es, un trabajo inobjetable. Aquello que lo desmerece es la pretensión —lógica por otra parte debido al componente histo-biográfico que le anima— de escribir y narrar la complejidad del presente. González está en lo cierto

cuando cataloga la polémica como inexistente si nos basamos en la categorización de los campos en conflicto —“culturalistas” vs “bibliotecologistas”— generada a partir de los medios de comunicación. Sin embargo, se desentiende de hasta qué punto su noción de espacio, de arquitectura, de conceptualización está imbuida de la visión tradicional de las bibliotecas nacionales en la periferia.

Una lectura urbanística de la biblioteca nacional, por ejemplo, aportaría una perspectiva acerca de la noción de espacio que anima a la cultura local en mayor medida que lo pueden hacer los devaneos historiográficos acerca de Adolfo Saldías (1849-1914) o José María Ramos Mejía (1849-1914). La destrucción de la Mansión Unzué, la concepción del edificio diseñado por Clorindo Testa (1932-2013), Francisco Bullrich (1929-2011) y Alicia Cazzaniga (1928-1968) la disfuncionalidad de un edificio diseñado en 1962 y habitado treinta años más tarde, el funcionamiento en biblioteca de la calle México, la concepción de su edificio, etc., son sólo algunos de los aspectos que explicarían el comportamiento espacial, territorial y físico, local, el cual sin duda se transmite al ámbito de la biblioteca y a sus condiciones de operatividad.

Pensar que la tecnología sitúa a los trabajadores de una biblioteca en una situación similar a las condiciones de trabajo decimonónicas descritas por Marx (véase González, 2010: 243) es no haber comprendido el alcance actual de la tecnología y su complejidad. Por ello no sorprende la ingenuidad de creer que las elecciones en torno a un tipo de *software* para bibliotecas son cuestiones de teoría política (González, 2010: 241-242) cuando en realidad son se trata de escaramuzas financieras y corporativas, al igual que en cualquier otra biblioteca de los ámbitos periféricos. De manera similar, el planteo de un ente lequía llamada “bibliografía nacional” (González, 2010: 241) no puede sino generar confusión.

Que las bibliotecas nacionales en los ámbitos periféricos se conviertan en centros culturales en donde se fabrican libros y catálogos así como donde tienen lugar seminarios, charlas y mesas redondas es sin una tarea encomiable. La cuestión en este sentido no existe pues, de una manera u otra, es innato a la idea misma de biblioteca nacional una situación de tal índole. La cuestión a debatir —o la cuestión decisiva— no se halla allí, sino en la discusión acerca de aquello que significa una biblioteca en un mundo donde los valores humanos se hallan vehiculizados por la tecnología con acierto señala es este sentido Adrián Gorelik en una entrevista sobre el asunto: “¿En qué aspectos percibe esta visión rutinaria? –En la reedición de la revista La Biblioteca, que

comenzó a salir en los tiempos de Paul Groussac. El problema es que cuando Groussac lanzó esta revista había dos o tres revistas académicas y culturales en el país. Lo que hoy publica la revista La Biblioteca es lo que sale en decenas y decenas de revistas académicas y culturales. ¿Cuál es el sentido de que se inviertan recursos y energías en hacer una revista cultural más? Estas son menciones rutinarias a una tradición que dejan de lado la reflexión sobre cuál debería ser el rol central de la Biblioteca, que no es dilapidar energías en ese “homenaje” a la tradición sino tratar de ver cómo se inserta en un sistema bibliotecológico completamente en crisis, con un acervo de libros lamentable respecto de otras bibliotecas nacionales de América latina, como la de Brasil o la de México. Una institución tiene que tener mucha claridad respecto de cómo hacer el mejor uso de sus escasos recursos.” (véase *Página 12*, 07.10.2007)

En el ejemplo que nos ha ocupado, la biblioteca Nacional de Argentina, se confunde valor tecnológico con implementación tecnológica. La Argentina culturalmente ya se halla dominada por la tecnología, como la inmensa mayoría de los espacios periféricos del planeta. Sin embargo, al igual que en otros sitios, la implementación de la tecnología, su aplicación cotidiana, su funcionalidad, es inoperante. Un visita a la pagina web de la biblioteca basta para certificar tal situación (véase www.bn.gov.ar). Nuestra hipótesis aquí es que esta discontinuidad entre un valor tecnológico ya instaurado y una implementación tecnológica concreta retrasa y acentúa bastante el colonialismo que el desarrollo y la evolución técnica de por sí instrumenta. Por eso decíamos que, no obstante el placentero aspecto retórico y literario del trabajo de González, su aspecto conceptual, por el contrario, es folklórico y provincial. No se trata entonces de cuestiones de ideología o de diversidad cultural, sino de distancias y perspectivas espaciales. Nada dice tanto acerca de las bibliotecas nacionales como la comparación con otras instituciones o corporaciones que aun se siguen llamando a sí mismas bibliotecas en los ámbitos no periféricos, puesto que allí, en esa *distancia colonial*, es donde realmente los dichos de González pueden ser puestos en perspectiva..

El caso del académico de origen norteamericano Robert Darnton (n. 1939) es interesante puesto que constituye uno de los escasos ejemplos de un intelectual y académico que en los países centrales se convierte en director de una biblioteca de relevancia como lo es sin duda la de la Universidad de Harvard (véase <http://library.harvard.edu/>). Situación que de alguna manera posee similitud con el

recorrido ya indicado, que en las áreas periféricas, poseía el rol de director de la biblioteca nacional de las repúblicas creadas mayormente en el siglo XIX. La calidad y variedad de los catálogos en línea que tiene Harvard importa menos que la variedad de proyectos digitales en los que se encuentra involucrada y que ilustran la amplitud de la noción de biblioteca en la actualidad y la miopía del término “bibliotecas nacionales” en muchas ocasiones no deja ver. La defensa folklórica de una “nacionalidad” de la arquitectura de los edificios estatales o de sus imaginarios historiográficos es la manera más rápida de acentuar el colonialismo local —tal como con candor cierto ya anticipaba Borges al sostener que el nacionalismo es una idea europea. La biblioteca de Harvard afronta un problema de tecnología y de re-definición de lo comunitario que no depende de la propia biblioteca, sino de un sinnúmero de factores que suceden en otro sitio (véase por ejemplo la conferencia de Darnton, “Las bibliotecas y el futuro digital”, disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=lQQyj932iOk>, accedido 10.09.2013). Ello explica, entre otros, la existencia de los siguientes programas Open Collection Program (<http://ocp.hul.harvard.edu/>), Open Learning Initiative (www.extension.harvard.edu/open-learning-initiative), Digital Access to Scholarship at Harvard (DASH) (<http://dash.harvard.edu/>), Digital Public Library of America (DPLA) (<http://dp.la/>). Y sin embargo no se trata de una cuestión de recursos financieros sino, como decimos, de lectura de las distancias y los espacios. Cuando el renunciante subdirector de la Biblioteca Nacional de Argentina, Horacio Tarcus, polemiza con González no logra tampoco ver esta situación: la tecnología no es un afuera, un agregado a la cultura o al conocimiento, sino que es el centro mismo de lo bibliotecológico y del conocimiento científico tal como se lo entiende en la actualidad, así como, más relevante aun, del sentido de lo humano sobre el planeta.

El artículo titulado “Conflicto en la Biblioteca Nacional” escrito por Marina Oybin y publicado en la versión Edición Cono Sur de *Le monde diplomatique* (numero 91, febrero 2007, pp. 36-37) es desolador por la descripción que surge de la biblioteca a a partir del relato de varios actores. El artículo se centra sólo en los aspectos puramente administrativos, de logística y de personal. Es también una pena que González en su libro no se haya ocupado en particular de estos aspectos, sino a partir de vagas entelequias gremiales o burocráticas, contribuyendo siempre a la tesis folklórica a partir de la cual aquello caracterizaría a la biblioteca nacional como local es este ambiente falansterial de los gremios y sus mafias. De allí que, aun autores favorables a

la gestión de González, hagan preguntas que de tan simples parecen banales: "¿por qué la Biblioteca encuentra tantas dificultades para su práctica y su desarrollo? ¿Porqué es tan difícil y hasta peligroso bloquear esas rémoras que son la corrupción y el clientelismo?" (Noé Jitrik, *Página 12*, 16 enero, 2013).

Referencias

- Darnton, Robert. "Bibliotecas, Libros y el Futuro Digital". Ponencia en el 3er Congreso Internacional de Innovación Tecnológica, 27-28 agosto 2013, Santiago de Chile. Conferencia disponible en video en <https://www.youtube.com/watch?v=lQQyj932iOk>, accedido 10.09.2013.
- Eco, Umberto. *La memoria vegetale e altri scritti di bibliofilia*, Milano: Bompiani, 2006.
- González, Horacio. *Historia de la Biblioteca Nacional. Estado de una polémica*, Buenos Aires: Ediciones de la Biblioteca Nacional, 2010.
- Levene, Ricardo. *El Fundador de la Biblioteca Pública de Buenos Aires*, Buenos Aires: Ministerios de Justicia e Instrucción Pública, 1938.
- Parada, Alejandro E. *Los orígenes de la Biblioteca Pública de Buenos Aires: antecedentes, prácticas, gestión y pensamiento bibliotecario durante la Revolución de Mayo (1810-1826)*, Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas, Facultad de Filosofía y Letras, UBA, 2009.
- Salas, Horacio. *Biblioteca Nacional Argentina*, Buenos Aires: Manrique Zago, 1997.